

DIMENSIÓN LITÚRGICA DE LA ESPIRITUALIDAD EN SAN IGNACIO DE ANTIOQUÍA SEGÚN LA CARTA A LOS EFESIOS

JOSÉ CARLOS RIVADENEIRA COCKBURN
Responsable Diocesano de Pastoral Juvenil
Callao, Perú

Resumen

En el contexto de la praxis actual de la iniciación cristiana de adultos, y desde la perspectiva litúrgica, se hace una aproximación a un destacado Padre de la Iglesia como es san Ignacio de Antioquía.

Summary

In the context of the Christian initiation for adults as presently practiced and from a liturgical perspective, a referent is found in the distinguished Church Father saint Ignatius of Antioch.

I. INTRODUCCIÓN

1. *El desafío de la iniciación cristiana*

El *Ritual de la iniciación cristiana de adultos* (RICA) responde a una inquietud del Concilio Vaticano II, que pidió se restableciera el catecumenado de adultos. Esta inquietud fue expresada a su vez en la *Evangelii nuntiandi* y la *Catechesi tradendae*, recomendando al mismo tiempo el catecumenado postsacramental para aquellos que no lo hubieran hecho antes de los sacramentos de iniciación.

Hay respuestas de tipo pastoral a esta necesidad, bien sea de grupos que asumen como tarea primordial la pastoral de la iniciación cristiana postsacramental, bien como iniciativas más locales, como por ejemplo las

distintas oficinas del catecumenado de algunas diócesis que pretenden responder a la necesidad de emprender una pastoral de la iniciación cristiana para el acompañamiento pastoral de los adultos que solicitan los sacramentos de iniciación.

La misma preparación de los candidatos a la confirmación y primera comunión va desarrollándose cada vez más como un catecumenado pre y postsacramental.

Marca la escena eclesial desde el punto de vista pastoral la convocatoria a la nueva evangelización, intensificada por la proximidad del próximo milenio. En este contexto, y unido a lo anterior, va desarrollándose un movimiento evangelizador o reevangelizador articulado desde diferentes instancias orgánicas, llámense grupos, movimientos, parroquias o diócesis. Por supuesto que esto reclama el pensar la iniciación o reiniciación cristiana.

2. El modelo eclesiológico como problema de fondo

El RICA no es solamente un ceremonial, sino un instrumento de gran riqueza teológica, pedagógica y espiritual. Sin embargo, el problema de fondo no es la celebración ritual de los sacramentos de iniciación o la celebración selecta de algunos ritos con ocasión de la reiniciación cristiana. Ni siquiera es el problema de fondo la misma iniciación. Se trata más bien del modelo de Iglesia que hay que asumir, ya sea en la pastoral de la iniciación cristiana como en la misma acción pastoral y en la vida misma de las comunidades cristianas.

El peligro de soslayar el tratamiento de la dimensión eclesiológica en la pastoral de la iniciación cristiana está en que se puede caer en posturas fundamentalistas, sobre todo si se pretende volver al espíritu y práctica de las primitivas comunidades cristianas.

3. Una eclesiología en la perspectiva del reino de Dios y con identidad laical

La urgencia de no soslayar el problema eclesiológico es fuerte también por el redescubrimiento del valor de la vocación laical por parte de la Iglesia; redescubrimiento en el fondo de su propia identidad.

En este sentido, se viene afirmando en diferentes documentos oficiales la importancia del protagonismo de los laicos. Sin embargo, hay una ambivalencia en la práctica cuando se habla de este protagonismo. Siento

que en realidad se valora más al laico como agente pastoral que como laico, a pesar de que la *Christifideles laici* ha subrayado que, para un laico, no son prioritarias las tareas intraeclesiales, aunque éstas sean muy importantes, sino el compromiso en el mundo.

En esta perspectiva, no se puede descuidar la cultura, la política, la profesión, la familia, etc., como dimensiones importantes de la evangelización y de la acción pastoral y fuentes de desafío para la Iglesia.

El nuevo impulso dinamizador de muchas comunidades y grupos cristianos, al margen de toda profundización eclesiológica, crea las condiciones para que sean y se desarrollen concepciones y estilos totalizantes tales que el mismo tejido eclesial se ve rasgado por distintos carismas que deberían ser formas de enriquecimiento de la Iglesia, pero, dada la fuerte y cerrada organicidad que tienen, provocan el fraccionamiento de la comunidad eclesial. De esta forma, la dimensión laical, como acción transformadora del mundo, se ve mermada por un intraeclesialismo y una evangelización sin calidad en la medida que pierde la perspectiva de reino de Dios, el cual va más allá de las fronteras visibles de la Iglesia y está profundamente vinculado a las tareas mundanas del laico y de la Iglesia, por cierto.

4. *La aproximación a los Padres de la Iglesia*

Es en este contexto y desde la perspectiva litúrgica desde donde me aproximo a los Padres Apostólicos y en concreto a S. Ignacio de Antioquía, intentando iluminar las exigencias de la acción evangelizadora desde la Tradición de la Iglesia

La clave de lectura en esta aproximación se formula a través de estas preguntas: ¿cómo se expresa la espiritualidad litúrgica en San Ignacio de Antioquía? ¿A qué tipo de Iglesia corresponde? ¿Qué tipo de lenguaje emplea? Adelanto que en Ignacio de Antioquía, más que una eclesiología en categorías racionales, vamos a encontrar una mística.

El proceso de desarrollo de este trabajo es como sigue: después de situar muy someramente a Ignacio en su contexto vital, proponemos una estructura literaria de la carta a los Efesios, hacemos una lectura exegética de la carta y a continuación realizamos un estudio de la forma en que Ignacio entiende su existencia cristiana y su vida eclesial, para luego concluir con los rasgos de la dimensión litúrgica de su espiritualidad.

II. EL CONTEXTO VITAL ¹

Ignacio, según Eusebio, fue obispo de Antioquía, capital de Siria, desde el año 70, primero de Vespasiano, hasta el año 107-108 en que fue apresado y conducido a Roma en tiempos de Trajano.

El peso que tenía la comunidad de Antioquía era grande y en cierto sentido era "cabeza de la cristiandad universal". Pedro había sido obispo de Antioquía. Según Orígenes, Ignacio habría sido el primer sucesor de Pedro; según Eusebio, el segundo.

El mismo Eusebio nombra a Ignacio, Policarpo y Papías como discípulos de los apóstoles.

Ignacio fue apresado y llevado a Roma para ser devorado por las fieras, en virtud del *institutam neronianum*. Es probable que el legado imperial de la provincia de Siria haya querido halagar a Trajano mandando a Roma un grupo de condenados para arrojarlos a las fieras. Tal vez la prestancia física de Ignacio respondía a las condiciones exigidas para que un condenado a muerte fuera *spectaculum populi romani*.

En Esmirna, camino a Roma, se congregaron a la sazón delegaciones de las más remotas iglesias de Asia, con sus obispos. Desde allí y en esta profunda experiencia eclesial, San Ignacio escribe la carta a los Efesios, la cual forma parte de un grupo de siete cartas, habiendo sido escritas cuatro desde Esmirna.

Las cartas de Ignacio son todas escritas camino del martirio. Se trata de cartas a comunidades eclesiales, excepto una dirigida a Policarpo. Además, como era costumbre, son cartas destinadas a ser leídas en contextos litúrgicos. Por eso se justifica una lectura de las cartas de San Ignacio en perspectiva litúrgica y como expresión del sentido pascual y litúrgico de su camino al martirio.

Discípulo de Pablo y Juan, aunque no necesariamente en sentido formal, pero sí en cuanto a su estilo y pensamiento teológico, Ignacio va a reflejar en sus cartas ambas escuelas.

Conviene recordar el contexto conflictivo de la vida de la Iglesia de aquel entonces, marcado por el docetismo gnóstico y los judaizantes.

¹ J. Quasten, *Patrologie* (Paris 1931); D. Ruiz Bueno, *Padres apostólicos* (Madrid 1993).

Como corrientes desviadas, se articulaban en una escuela y trataban de influir organizadamente en la vida de la Iglesia.

III. ESTRUCTURA DE LA CARTA A LOS EFESIOS

Utilizamos la edición de D. Ruiz Bueno. La presente es una propuesta de estructura diferente de la que propone el editor. Se trata de una estructura de carácter temático que intenta seguir la dinámica del movimiento literario.

1. Remitente y destinatario.
2. Introducción (cap. I).
3. Agradecimiento (cap. II).
4. Parenesis (caps. III - XIX).
 - (1) III,1: Introducción y enunciado de la temática.
 - (2) III,2 - VI: Himno de la unidad.
 - (3) VII - IX: Alerta contra los agentes de desunión.
 - (4) X: Práctica a seguir respecto a los paganos.
 - (5) XI: Llamada a la conversión.
 - (6) XII: Identidad de la Iglesia de Éfeso, de tradición paulina.
Motivación para la continuación de la parenesis.
 - (7) XIII - XV: Continuación de la parenesis: eucaristía, fe y caridad.
 - (8) XVI - XVII: Contra los corruptores de la fe.
 - (9) XVIII-XX,1: Ignacio en comunión con el misterio de Cristo (inconcluso).
 - (10) XX,2: Depedida.
XXI: Se retoma el título.

IV. COMENTARIO

1. *Remitente y destinatario*

Reviste la solemnidad de una liturgia por el contenido y por la forma. Al mismo tiempo es revelador de su experiencia mística de la Iglesia:

Ignacio, por sobrenombre Teóforo.

A la bendecida en grandeza de Dios Padre con plenitud.

A la predestinada antes de los siglos a servir por siempre

para gloria duradera e incommovible,
(gloria) unida y escogida (por gracia de la)
en la pasión verdadera
y por voluntad de Dios Padre
y de Jesucristo nuestro Dios,
a la Iglesia digna de toda bienaventuranza,
que está en Éfeso del Asia,
mi saludo cordialísimo en Jesucristo
y en la alegría sin mácula.

Se puede apreciar que aplica a la Iglesia de Éfeso los calificativos que merece la Iglesia universal: bendecida, predestinada, digna de toda bienaventuranza... Se trata de una manera de concebir la Iglesia particular como realizadora de la totalidad de la Iglesia. La Iglesia universal, pues, no disuelve la consistencia de la Iglesia particular, sino que la hace presente sacramentalmente.

Este saludo con calificativos de carácter universal va dirigido a la *Iglesia que está en Éfeso del Asia*. El tono litúrgico del saludo se aprecia mejor por la resonancia, a partir del vocabulario, del himno de Ef 1,3-14.

2. *Introducción (cap. I)*

De sabor paulino. Ignacio alaba la solidaridad de la Iglesia de Éfeso manifestada en su obispo Onésimo, expresión de su fe y caridad. Percibe en el obispo la presencia de la Iglesia local, lo que reclama un agradecimiento a la misma comunidad. Tampoco la comunidad se disuelve en la persona del obispo. El obispo remite a la comunidad.

La experiencia del cautiverio es percibida como camino dinámico de maduración como *discípulo* y atleta: "Lograré luchar en Roma contra las fieras para poder de ese modo ser discípulo". El martirio es, pues, la plenitud del discipulado. Su identidad va más del lado del ser discípulo que del ser obispo. En ese caso se trata de una identidad que comparte con todos los que conforman la comunidad, que han sido llamados a la vida cristiana.

3. *Agradecimiento (cap. II)*

Ignacio elogia la exquisitez de las muestras de solidaridad de las Iglesias, a partir de personas muy concretas: Burro, Croco, Onésimo,

Euplo, Frontón. Pero no deja de contemplar a las Iglesias locales a través de estas personas.

Burro es llamado *consiervo* mío (*syndoulou*). El obispo se identifica con el ministerio de *servidor*, que, además, comparte con Burro.

Termina esta unidad literaria con una exhortación a la unidad, de lenguaje joánico (Jn 17), en términos de obediencia al obispo y al colegio de ancianos con vistas a ser *santificados*. También el lenguaje es litúrgico: *doxasein* (2x) *egiasmenoi*.

Bien es, pues, que por todos los modos glorifiquéis a Jesucristo, que os ha glorificado a vosotros afirmados en unánime obediencia, sometidos al obispo y al presbiterio, seáis de todo en todo santificados.

La relación con Cristo, sobre el trasfondo de Jn 17, se expresa en términos litúrgicos: *commercium*.

4. *Parenesis* (caps. III-XIX)

La *parenesis* es prácticamente el núcleo de la carta.

a) Introducción (III,1).

Ignacio prepara el terreno para la *parenesis*. Quiere que entiendan bien el tono con el cual lo hace, no pretende dar mandatos en virtud de su situación de condenado, lo que le da una muy grande autoridad en las comunidades. Su misma situación de condenado es signo de que "ahora en efecto, estoy comenzando a ser discípulo suyo, y a vosotros os hablo más bien como a mis condiscípulos".

Se sitúa frente a la comunidad cristiana como un *condiscípulo* que debiera "ser ungido como atleta", por parte de los creyentes destinatarios de la carta, "con fe, amonestación, paciencia y loganimidad". Atleta que combatirá en la arena.

b) Himno de la unidad (III,2-IV).

Preparado el terreno, Ignacio comienza una exhortación a la unidad. Y lo hace en nombre de la caridad.

Mas como quiera que la caridad no me consiente callar acerca de vosotros, de ahí mi propósito de exhortaros a que corráis todos a una con el pensamiento de Dios, pues Jesucristo, vivir nuestro del que nada ha de ser capaz de separarnos, es el pensamiento del Padre, al modo que también los

obispos, establecidos por los confines de la tierra, están en el pensamiento de Jesucristo. Síguese de ahí que os conviene correr todos a una con el pensamiento de vuestro obispo, que es justamente lo que ya hacéis (III,2-IV,1).

Encontramos una serie de fenómenos literarios del tipo de la inclusión que conviene resaltar. Vuelve a aparecer la imagen del atleta para ilustrar la existencia cristiana. Imagen, por lo demás, paulina. Esto a través del verbo *correr*. Este *correr* debe hacerse en la unidad. Se trata de una unidad que tiene su fuente de inspiración en la misma existencia de Jesús, que es el pensamiento del Padre. De manera análoga, los obispos son el pensamiento de Jesucristo.

A continuación viene una hermosa alegoría para expresar la unidad en términos musicales: como las cuerdas de una lira. De esta forma este instrumento expresa al mismo tiempo la unidad en la alabanza. La misma lira (*kithara*) es instrumento litúrgico.

En efecto, vuestro colegio de ancianos, digno del nombre que lleva, digno, otrosí de Dios, así está armoniosamente concertado con su obispo, como las cuerdas con la lira (para que a través de vuestra concordia [*omonoia*], seáis también unísonos [*synfono*] en el amor (IV,1).

Sin embargo, la unidad no puede reducirse únicamente a una unidad en torno al obispo. Es importante también que los laicos tengan una colegiatura:

Pero también los laicos habéis de formar un coro, a fin de que unísonos (*syfoni*) por vuestra concordia (*omonoia*) y tomando en vuestra unidad la nota tónica (*foné*) de Dios, cantéis a una voz al Padre, por medio de Jesucristo, y así os escuche y os reconozca por vuestras buenas obras, como cánticos entonados por su propio Hijo (IV,2).

El texto posee gran belleza literaria, por la paráfrasis *omonoia* y *synfono* referido ya sea a la relación obispo comunidad, ya sea a la relación dentro del mismo colegio de laicos.

Esta unidad es en orden a la alabanza. Pero una alabanza que no se reduce al ámbito de una celebración litúrgica, sino que se trata más bien de una liturgia de praxis cristiana, de buenas obras. Es la liturgia de la vida el lugar de la unidad. Instrumento musical, la *kithara*, el lenguaje y la unidad para la alabanza en los términos que acabamos de explicar,

hacen de este texto una de las expresiones de la espiritualidad litúrgica de Ignacio de Antioquía.

La práctica del cristiano, que es lo que da sentido a la unidad, constituye una ofrenda litúrgica: las buenas obras son "cánticos entonados por su propio Hijo". La comunidad de fieles debe estar templada con el obispo, como la Iglesia con Jesucristo y Jesucristo con el Padre, "para que todo suene al unísono". Además, la unidad debe ser "irreprochable" (*amomo*), como la ofrenda en el sacrificio (1 Tes 3,13).

— El obispo, centro de la unidad (cap. V): a continuación, el movimiento literario lleva a una mayor concreción a éste que llamamos el himno de la unidad. Hay tres pequeñas unidades literarias:

1. La relación de familiaridad de Ignacio con Onésimo, puesta en comparación con la unidad orgánica de la comunidad con su obispo: Ignacio ha comprobado la calidad de Onésimo, logrando con él una gran familiaridad. Felicita entonces a la comunidad —se trata de una felicitación más bien de carácter motivacional— "porque están templados con el como la Iglesia con Jesucristo y Jesucristo con el Padre, a fin de que todo, en la unidad, suene al unísono" (*synfone*).
2. Estar en el ámbito del altar, para que la oración sea eficaz: hay una afirmación tajante, de lenguaje litúrgico: "Si alguno no está dentro del ámbito del altar, se priva del pan de Dios". Esto va unido a la eficacia de la oración unidos al obispo: "Porque si la oración de uno o dos tiene tanta fuerza, cuánto más la del obispo juntamente con toda la Iglesia". Esta afirmación de tipo comparativo introduce la amonestación siguiente a los que no asisten a las asambleas litúrgicas (parece que se refiere a la unidad que se expresa en las reuniones litúrgicas, que a continuación va a especificar). En todo caso, la asamblea litúrgica supone y reclama la unidad con el obispo, en este caso en términos de no resistir, detectándose un ambiente vital en el que hay adversidades para la unidad. No solamente llama a asistir a las asambleas, sino a resanar la unidad.
3. Los que no acuden a la reunión de los fieles: los que no acuden son unos "soberbios". Se refiere a una inasistencia para expresar su discrepancia con el obispo y no una mera inasistencia por dejadez o negligencia.

En este punto es importante recordar lo que afirmamos anteriormente, que el contexto vital de la carta está marcado fuertemente por dos corrien-

tes teológicas que están dentro de la Iglesia: los judaizantes y los gnósticos. Parece que se trata de corrientes con bastante fuerza, hasta el punto de constituir un peligro, dado que, además, actúan organizada y súbdolamente. En el caso de los efesios, es más la herejía gnóstica la que detectamos.

— El capítulo VI es una unidad literaria que matiza la dura crítica que acaba de hacer a los que, tomando distancia de las asambleas litúrgicas, expresan su disconformidad con el obispo. Pone de relieve, en positivo, la correcta actitud de los que son fieles, generalizándola y, de esta manera, excluyendo como destinatarios de la carta a los que fomentan la división. Prepara al mismo tiempo la invectiva siguiente contra el mismo grupo herético, excluyéndolos con una alabanza hacia los que son fieles: "Todos vivís conforme a la verdad, y que entre vosotros no anida herejía alguna".

— Alerta contra los agentes de desunión: caps. VII-IX: detectamos cuatro unidades.

1. Invetiva contra los propagadores de la herejía (¿judaizantes o gnósticos?) (VII,1): denuncia de los propagadores de la herejía. El calificativo de "perros", evoca la manera en que los judíos calificaban a los paganos. Podría tratarse de una herejía de tipo judaizante. Sin embargo, la formulación de carácter cristológico revelaría más bien a los gnósticos como interlocutores. La "enfermedad muy difícil de curar" refleja lo delicado de la situación por el daño que se inflige a la comunidad.
2. El remedio contra la herejía: afirmación cristológica (VII,2): el "médico" apunta a una formulación cristológica que pone al descubierto a los interlocutores los gnósticos: "Engendrado, y no engendrado, en la carne hecho Dios, hijo de María e hijo de Dios, primero pasible y luego impasible, Jesucristo nuestro Señor".
3. Nueva exhortación de carácter laudatorio hacia los efesios y ofrenda de sí por la Iglesia de Éfeso (VIII,1-2): es una exhortación que pone sobre aviso para no dejarse engañar. El carácter laudatorio viene en este caso por sus afirmaciones "sois de Dios" y, más adelante, "vivís según Dios". Aparece espontáneamente una exclamación que da a conocer el carácter litúrgico-sacrificial de su martirio: "Víctima vuestra soy (*peripsema*) y por vosotros me ofrezco (*agni-*

zomai) en sacrificio, oh efesios, iglesia celebrada (*diaboetou*) por los siglos". Aquí tenemos otra expresión de tono litúrgico, calificativo propio de la Iglesia universal, pero aplicada a la comunidad de Éfeso, Iglesia local en la que se realiza la totalidad de la Iglesia.

Concluye la unidad con una afirmación de vocabulario paulino referente a la vida en Cristo. Dos quiasmos dan belleza literaria al discurso:

Los carnales no pueden practicar las obras espirituales, ni los espirituales las carnales, al modo que la fe no sufre las obras de la infidelidad, ni la infidelidad las de la fe. Sin embargo, aun lo que hacéis según la carne se convierte en espiritual, pues todo lo hacéis en Jesucristo (VIII,2).

A carnales	A fe
B espirituales	B infidelidad
B' espirituales	B' infidelidad
A' carnales	A' fe

4. Otra exhortación de carácter laudatorio que concluye con una comparación de colorido litúrgico referente a la comunidad de Éfeso (cap. IX): se alaba la actitud de los fieles de Éfeso que se taparon los oídos frente a los sembradores de mala doctrina (*kakén didajén*). Esto porque "sois piedras del templo del Padre, preparadas para la construcción de Dios Padre, levantadas a las alturas por la palanca de Jesucristo, que es la cruz, haciendo veces de cuerda el Espíritu Santo. Vuestra fe es vuestra cabria, y la caridad el camino que os conduce hasta Dios" (IX,1). Hay una expresión de carácter eclesiológico que remite a un templo material, por el vocabulario mecánico. La figura es paulina. Por eso el trasfondo es el templo de Jerusalén. El contenido es trinitario. Continúa el discurso eclesiológico en nuevos términos:

"compañeros de camino" (*synodoi*),
 "portadores de Dios" (*theophoroi*),
 "portadores de un templo" (*naophoroi*),
 "portadores de Cristo" (*jristophoroi*),
 "portadores de santidad" (*agiophoroi*).

Así pues, todos sois también compañeros de camino, portadores de Dios y portadores de un templo, portadores de Cristo, portadores de santidad, adornados en todo en los mandamientos de Jesucristo.

Concluyendo efusiva y solemnemente, expresa su propia alegría por poder dirigirse a los efesios, con quienes se congratula porque "conforme a una nueva vida, ninguna cosa amáis tanto sino solo a Dios".

c) Respecto a los paganos (X).

Es interesante esta unidad porque revela su posición frente a los paganos y la acción evangelizadora en un contexto que, por el lenguaje, nos damos cuenta que es conflictivo. No es para menos, dada la ilegalidad del cristianismo. Ignacio llama a rogar por ellos, pues cabe esperanza de conversión. El discurso evangelizador se formula en "obras", oponiendo a "ira, mansedumbre; a altanería, humildad; a blasfemias, oración; a extravío, firmeza en la fe; a fiereza, dulzura".

Llama a mostrarse hermanos suyos, con amabilidad. Pero imitando solamente al Señor, permaneciendo en Jesucristo corporal y espiritualmente. Sería tema de reflexión ver en qué consiste este imitar (*mimetai*) a Jesucristo. La tendencia de los autores actuales, frente al desprestigio de esta concepción, actualmente mal entendida, es considerar que los Padres apuntaban mas bien a configuración. Sin embargo, aquí parece que la imitación de Cristo va por el lado de la práctica a seguir respecto a los paganos más arriba explicada: mansedumbre, humildad, oración, firmeza en la fe, dulzura.

d) Llamamiento a la conversión (XI, 1-2).

Recoge el sentir de la Iglesia de hallarse en los últimos tiempos (*ésjatoi kairot*). Es una conversión en términos de vergüenza y temor. Conversión que reclama dos posibles actitudes: o temer la ira venidera (juicio escatológico) o amar la gracia presente. La conversión puede vivirse en una de estas dos dinámicas. En una u otra forma, lo que importa es "hallarse en Jesucristo para el verdadero vivir" (*alethinon zen*).

La mención de Jesucristo otras tres veces engancha con el párrafo siguiente y da unidad al conjunto: "Fuera de él, nada tenga algo que ver con vosotros; ... aquel por quien yo llevo por doquier (*perifero*) estas cadenas... acordes con los apóstoles por la virtud de Jesucristo".

Nuevamente se expresa su espíritu místico al llamar "piedras preciosas" a sus cadenas. Luego pasa de la oración de los efesios a la que él se confía, a la Iglesia de Éfeso, Iglesia de tradición apostólica cuya armonía

con los apóstoles era proverbial y en cuya herencia él anhela encontrarse por la fuerza de Jesucristo.

e) Identidad de la Iglesia de Éfeso, de tradición paulina. Motivación para continuar la pàrenesis (XII,1-2).

La evocación de los apóstoles trae el recuerdo de Pablo, cuya huella en Éfeso es honda. No olvidemos la carta de Pablo a los Efesios, escrita por el 70, probablemente desde Roma y en situación de cautiverio. También hace mención de sus cadenas (Ef 3,1; 4,1; 6,20). Ignacio se identifica con Pablo implícitamente para luego explicitar: "Cuyas huellas ojalá se me concediera a mí seguir cuando alcance a Dios, el que (Pablo), finalmente, en toda carta suya hace mención de vosotros en Jesucristo" (XII,2).

Previo a ello, Ignacio, consciente de la calidad de la comunidad a quien se dirige, introduce su discurso con un "yo sé quién soy y a quiénes escribo". Recuperando la memoria de la comunidad de Éfeso, antes guiada por Pablo, muy vinculada a los apóstoles, Ignacio llama a los efesios "estación de paso para los que son levantados a Dios" (expresión joánica para referirse a la crucifixión).

El elogio que hace de Pablo hace ver la honda huella del mismo en la comunidad: "Compañeros, en divina iniciación, de Pablo (*Paulou symmysai*) el que fue santificado, el que fue atestiguado, el que merece se le proclame bienaventurado, cuyas huellas ojalá se me concediera a mí seguir cuando alcance a Dios..." (XII,2).

f) Continuación de la pàrenesis: eucaristía y madurez en la fe, demostrada en la perseverancia (XIII-XV).

La partícula *oun*, enlaza con el párrafo anterior. Se está refiriendo a la evocación y elogio de Pablo, motivo de orgullo de la comunidad de Éfeso, dado el afecto del apóstol que ellos han experimentado. Dado que tienen tradición de tal calidad, "poned empeño en reuniros con más frecuencia para celebrar la eucaristía de Dios y darle gloria". La eucaristía tiene aquí un efecto de unidad y concordia, que es el tema central de la pàrenesis, que a su vez provoca que se derriben las fortalezas de Satanás (XIII,1). Como consecuencia, surge la paz "por la que se desbarata la guerra de las potestades celestes y terrestres" (XIII,2).

De esa manera, dado que los efesios no desconocen lo afirmado anteriormente, lo demostrarán en la madurez de su fe y caridad, que, si son auténticas, deben producir frutos de perseverancia (XIV). La repetición por tres veces del verbo *ep-aggellizomai* da cohesión a la unidad literaria:

Nadie que proclama la fe (*epanggelómenos*), peca,
ni nadie que posee la caridad, aborrece,
el árbol se manifiesta por sus frutos.
Del mismo modo, los que profesan (*epaggellomenoi*) a Cristo.
por sus obras se pondrán de manifiesto.
Porque el asunto no está ahora en proclamar (*epaggelias*) la fe,
sino en mantenerse a fuerza de ella hasta el fin (XIV,2).

De esta manera enlaza con el cap. XI, que comienza caracterizando los tiempos actuales como los últimos.

Siguiendo el movimiento literario (XV), Ignacio va a apoyar la autoridad de Onésimo, a quien probablemente se le critica por su silencio (cap. VI): "Y cuanto uno ve más callado a su obispo, mayor reverencia ha de tributársele".

El adagio del árbol que se conoce por sus frutos es usado para animar a la perseverancia a la comunidad y para interpretar el silencio del obispo.

Más vale callar y ser, que no hablar y no ser. Bien está el enseñar, a condición de que quien enseña, haga. Ahora bien, un Maestro hay que dijo y fue. Mas también lo que callando hizo son cosas dignas de su Padre. El que de verdad posee la palabra de Jesús, puede también escuchar su silencio, a fin de ser perfecto. De esta manera, según lo que habla, obra, y por lo que calla, es conocido. Nada se le oculta al Señor, sino que aun nuestros íntimos secretos están cerca de Él. Hagamos, pues, todas las cosas con la fe de que Él mora en nosotros, a fin de ser nosotros templos suyos, y Él en nosotros nuestro Dios. Lo cual así es en verdad y así se manifestará ante nuestra faz; por lo que justo motivo tenemos en amarle (XV).

La unidad termina con una llamada a la acción en términos de fe y caridad. La alegoría del templo evoca la fórmula de la alianza: "Tú serás mi pueblo, yo seré tu Dios". Remite también al significado que tenía el templo de Jerusalén para los judíos, lugar de la habitación de Dios. Hay aquí otra muestra de teología paulina que en realidad impregna, junto con la teología joánica, toda la carta.

g) Contra los corruptores de la fe (XVI-XVII).

Es una nueva invectiva contra los docetas gnósticos, que revela lo delicado de la situación, por la dureza de los términos con los que ataca a los corruptores de la fe: "De hecho, ese tal, convertido en un impuro, irá al fuego inextinguible y, lo mismo que él, quienquiera que lo escuchare" (XVI,2).

Se pueden percibir los estragos que hacían los tales en la comunidad, sobre todo en los más débiles en la fe: "No os dejéis unguir del pestilente unguento de la doctrina del príncipe de este mundo" (XVII,1).

h) Ignacio en comunión con el misterio de Cristo (XVII-XX,1).

Se trata de una unidad literaria dada por la interpretación litúrgico-sacrificial que hace Ignacio de su experiencia martirial y que no es nueva: "Mi espíritu es una víctima de la cruz..." (*peripsema*) (XVIII,1) y "Yo soy precio de rescate por vosotros" (*antpsijon*) (XXI,1).

En esta última unidad, antes de la despedida formal, que ya se dibuja, Ignacio expresa su comunión con el misterio de Cristo, misterio formulado en términos antidocetas cuya introducción de estilo paulino fustiga a los gnósticos: "¿Dónde está el sabio?, ¿dónde el inquisidor?, ¿dónde la fanfarronería de los llamados inteligentes?" (XVIII,1).

Luego de expresar su intención de remitirles una próxima misiva de carácter catequético, exhorta nuevamente a la unidad, para concluir la perenesis. Unidad que debe expresarse en la obediencia celebrada en la eucaristía. De esta manera, obediencia y unidad tienen su fuente y su término en la reunión eucarística: "Si os congregáis, repito, para mostrar vuestra obediencia al obispo y al colegio de ancianos con indivisible pensamiento, rompiendo un solo pan, que es medicina de inmortalidad, antídoto contra la muerte y alimento para vivir por siempre en Jesucristo" (XX,2).

5. Despedida (cap. XXI,2)

Ya se iba percibiendo la proximidad de la despedida desde XX,1. En XXI,2 se acentúa con el agradecimiento a Policarpo, obispo de Esmirna, desde donde escribe.

Dos verbos jalonan la despedida: *mnemoneúetere* y *proseújesthe* (XXXI,1.2). En el "acordaos de mí, así como Jesucristo de acuerda de

vosotros", hay una reciprocidad que coloca a Ignacio identificado con la comunidad. Es la comunidad y no él quien es comparada con Jesucristo. Va su pensamiento a la Iglesia de Siria, con quien se identifica como "el último de los fieles, si bien se me concedió la gracia de ser escogido para gloria de Dios" (XXI,2). Su "elección" parece aludir a su martirio más que a su episcopado. En suma, su identidad en esta carta está definida por ser condiscípulo, discípulo, atleta, fiel. Y, por supuesto, condenado a muerte, que da la tónica a toda la carta.

V. LA DIMENSIÓN LITÚRGICA DE LA EXISTENCIA CRISTIANA Y DE LA VIDA ECLESIAL

De la escuela paulina y como místico, Ignacio expresa en sus cartas la dimensión litúrgica de su experiencia cristiana marcada por la perspectiva martirial, que es la que marca su vida en el momento en que escribe sus cartas. San Pablo expresa claramente en sus cartas su concepción litúrgica de la vida a partir de la experiencia que ha tenido viviendo en el templo de Jerusalén, en la escuela de Gamaliel. En el templo de Jerusalén ha podido vivir la fastuosidad de las ceremonias. Esta experiencia litúrgica la va a proyectar en sus cartas, ya sea en la solemnidad de su estilo como más explícitamente en algunos textos en particular.

Ignacio es heredero de esta cualidad del estilo y espiritualidad paulinos. El saludo de sus cartas, al igual que Pablo, revela, además de su sentido místico, un tono solemne y un vocabulario de sabor litúrgico. No hay que olvidar, por otra parte, que estas cartas solían leerse en contextos litúrgicos, lo cual ya marca el espíritu y el movimiento literario de las mismas. El mismo caminar de Ignacio hacia el martirio, como contexto vital inmediato, tiene un carácter litúrgico.

Como hemos visto en el comentario de la carta a los Efesios, él mismo se llama víctima (*perípsema*), precio de rescate (*antípsijon*), poniendo de relieve el carácter sacrificial, de ofrenda, con que Ignacio vive su experiencia martirial. Como vemos en la carta a Policarpo: "Yo me ofrezco como rescate por quienes se someten al obispo, a los ancianos y a los diáconos" (VI,I).

Otras expresiones de carácter y vocabulario litúrgico que nos muestran su experiencia martirial como experiencia litúrgica, aunque no son inme-

diatamente objeto de nuestro estudio, son las que encontramos en la carta a los Romanos.

No me procuréis otra cosa fuera de permitirme inmolar por Dios, mientras hay todavía un altar preparado, a fin de que, formando un coro por la caridad, cantéis al Padre por medio de Jesucristo por haber hecho Dios la gracia al obispo de Siria de llegar hasta Occidente, después de haberle mandado llamar de Oriente (Rom II,2).

Trigo soy de Dios, y por los dientes de las fieras he de ser molido, a fin de ser presentado como limpio pan de Cristo (Rom IV,1).

Puede verse también la carta a los Esmirniotas: "Por rescate vuestro ofrezco mi espíritu y mis cadenas, que vosotros no despreciasteis" (X,2).

El núcleo de la carta, como hemos visto en el comentario, está constituido por una parénesis centrada sobre todo en la exhortación a la unidad. Esta concepción de unidad de la Iglesia es sumamente rica teológicamente. Hay dos figuras características de carácter litúrgico que ilustran la unidad de la Iglesia y que ponen de relieve que se trata de una unidad dinámica: una, la Iglesia comparada a una lira, y otra, la Iglesia comparada con el templo, pero formulada en un vocabulario de tipo mecánico (cf. *supra*).

La liturgia eucarística es esencial en la edificación de la unidad de la Iglesia, al mismo tiempo que es autoexpresión de la misma unidad. De ahí que el que no está en el ámbito del altar se priva del pan de Dios y la no participación de la eucaristía expresa una situación de toma de distancia, si no de ruptura de la comunión.

VI. ECLESIOLOGÍA

El contexto vital de la carta es de una profundísima experiencia eclesial: obispos de diferentes lugares y representantes de distintas Iglesias locales se dan cita en Esmirna para acompañar a Ignacio, que va camino del martirio.

Ignacio percibe místicamente, más que concibe, la Iglesia local como expresión sacramental de la totalidad de la Iglesia. En el saludo de sus cartas, Ignacio da a la Iglesia local diversos calificativos aplicables a la Iglesia universal.

A la bendecida en grandeza de Dios con plenitud, a la predestinada antes de los siglos a servir por siempre para gloria duradera e inmovible, unida y escogida por la pasión verdadera y por voluntad de Dios Padre y de Jesucristo nuestro Dios, a la Iglesia digna de toda bienaventuranza que está en Éfeso del Asia, mi saludo cordíalísimo en Jesucristo y en la alegría sin mácula (Ef I,1).

A la Iglesia que alcanzó misericordia en la magnificencia del Padre Altísimo y de Jesucristo, su único Hijo; la que es amada y está iluminada por voluntad de Aquel que ha querido todas las cosas que existen (Rom).

Su capacidad contemplativa le hace ver en los obispos y los diferentes cristianos que le acompañan la presencia de sus respectivas Iglesias. La misma unidad de la Iglesia se da siempre con el obispo, pero trasciende al obispo. Por eso también los laicos en la carta a los Efesios son exhortados a mantener la comunión entre ellos, "a formar un único coro" (Ef IV,2). El mismo Ignacio, siendo obispo, insiste más en su definición como el último de los fieles (Ef XXI,2), condiscípulo (Ef III,1), consiervo (Ef II,2) o discípulo (Ef I,2).

Es importante recordar, por otra parte, que la insistencia en la obediencia y sumisión debida al obispo tiene un contexto muy preciso: el control de la corriente gnóstica y la corriente judaizante, las que actuaban astuta y organizadamente en el seno de las Iglesias locales, fustigando a los creyentes y haciendo verdaderos estragos. La sumisión y obediencia al obispo y al presbiterio crea las condiciones de unidad orgánica necesaria para impedir la infiltración de estas tendencias.

La existencia cristiana de Ignacio se expresa en términos de discípulo, atleta, condiscípulo, creyente con su comunidad, fiel, el último de los fieles, como acabamos de ver. En la misma comunidad es donde Ignacio encuentra su apoyo y a cuyas oraciones se confía.

Podemos, pues, concluir que Ignacio vive su misma vida como una liturgia. Solamente conocemos su espiritualidad a partir de la etapa de su vida en que escribe sus cartas, esto es, camino del martirio.

La calidad de la liturgia, en la experiencia de Ignacio, está estrechamente unida a la calidad de la vida de fe y a la calidad de la dimensión comunitaria, a las que Ignacio como pastor exhorta.

La liturgia es expresión de unidad, pero reclama la unidad al mismo tiempo. Se trata de una unidad eclesial rica en dimensiones. Es unidad en torno al obispo, pero no se agota allí. La unidad de la Iglesia reclama

también una unidad dentro de los diversos colegios: prebiterio, diáconos y laicos. Éstos reclaman también una organización colegial.

Es la de Ignacio una identidad cristiana que reclama la comunidad, presentándose como *atleta* que necesita ser *ungido* por la amonestación, la paciencia y la oración de la comunidad.

La unidad, finalmente, es unidad con los mismos paganos que, si bien no son de emular, están también llamados a la conversión. Por eso tienen derecho a nuestro testimonio. El anuncio evangélico se da por el testimonio más que por el anuncio mecanicista de la fórmula kerigmática.

Inspirarnos en los Santos Padres es sumamente importante. Ello no significa, evidentemente, una anacrónica imitación material de estilos y vocabulario, sino recuperar el espíritu fresco y lozano de la auténtica tradición.

El remitirnos a los orígenes de la Iglesia en el umbral del tercer milenio será enriquecedor si lo hacemos sin perder de vista los nuevos desafíos que el ministerio del testimonio de Cristo nos presenta hoy y, por lo tanto, el modelo eclesiológico que debe ir configurando nuestra experiencia de fe.